

respira ("me hacía bastante bien... mi maldad clamaba por su reivindicación"). Se confirma a sí mismo y obtiene la posibilidad de ser "libre". Por ello, uno de los pasajes más citados de esta carta cambia radicalmente su sentido: "Mis escritos trataban sobre ti, no hacía más que depositar en ellos los lamentos que no podía depositar en tu pecho". El padre es un agente y Kafka —para decirlo con Deleuze— opera una *edipización del universo*.

La condena de Kafka es también asumir "preocupaciones tan profundas por el mantenimiento de mi existencia espiritual, que todo lo demás me fue indiferente"; es absorberse en el reconocimiento de sí mismo. La condena es el fracaso de toda tentativa conyugal —uno de sus aspectos más patéticos. Kafka se siente "espiritualmente incapaz de casarse", pero sabe que se lo impide "otra cosa": el comprender que esta intención incluye el deseo de "reconstruir la prisión convirtiéndola en un lujoso castillo para sí". Se centra en la escritura y la protege sin permitir ninguna concesión; el matrimonio es un peligro para su actividad literaria, y por ello

¿Cómo podría continuar en el matrimonio con la sensación, acaso irrechazable y de todas maneras indiscutible, de ese peligro! Frente a ello ciertamente no puedo vacilar, pero el desenlace final es seguro: debo renunciar. La comparación del pájaro en la mano y los cien volando sólo muy remotamente viene al caso. En la mano ya no tengo nada, todo está volando, y sin embargo yo —así lo deciden las condiciones de lucha y la miseria de la vida— debo escoger la nada. De un modo parecido, ciertamente, he tenido que escoger cuando se trataba de la elección profesional.

Kafka se negó a las comodidades y los compromisos satisfechos del mundo burgués. Su elección profesional, su vida en la burocracia, los choques familiares (sociales), la negativa a publicar sus obras póstumamente, las indecisas y finalmente fracasadas tentativas de matrimonio: todo concurre a este proyecto que opta hasta sus últimas consecuencias por reconocerse en su circunstancia, al tiempo que rechaza el desconocimiento implícito en cualquier concesión. Procesado por el sistema político, económico y social, Kafka procesó a su vez



este modelo de vida. La *Carta al padre* es un intenso testimonio de ello.

Roberto D. Ortega

* Franz Kafka, *Carta al padre*. Introducción y traducción de D. J. Volgemann. Premiá editora, S. A., La nave de los locos, México, 1978. 88 pp.

1. Una lectura en este sentido, que hace trizas al Kafka edípico y lo revela como un escritor político, es desarrollada magistralmente por Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Kafka, por una literatura menor* (ERA, 1978).

Las cosas de G. Perec (la cultura de la cotidianidad)

Desde jóvenes se han acostumbrado a juntar cosas, a adquirir; no pueden ver un objeto sin plantarlo inmediatamente en su casa. Y eso lo hacen maquinalmente.

No puede llamarse a esto avidez, digamos más bien reflejo.

H. Michaux

Las Cosas dice la contraportada del libro de G. Perec, es la historia de la progresiva enajenación por los objetos de una joven pareja típica de nuestra moderna sociedad de consumo. Esta novela, considerada en su aparición —Francia, 1965— como un lúcido estudio sociológico, es una de las facetas del escritor Georges Perec.

Georges Perec nació en París en 1936. Realizó estudios de Sociología. Se instala dentro de la corriente literaria llamada "Nouveau Roman" al lado de escritores como Allan Robe Grillet, Michel Butor, Nathalie

Sarrute, grupo que mantiene la consigna: "Joyce mostró que es fácil destruir la escritura; el problema ahora, es reinventarla." Bajo este principio los buscadores de "La nueva novela" han producido obras que inciden en la literatura como "nuevos lenguajes en busca de la claridad". Desconcertantes y atractivas las obras de estos autores —fundamentalmente franceses— llevan a los límites la experiencia de la creación literaria; elaboran prácticas combinatorias entre la matemática, la geometría y la literatura. *Las Cosas* no es la primer novela escrita por G. Perec pero sí la primera publicada, y la única traducida al español, sus demás obras son: *Una pequeña bicicleta de manubrio cromado en el fondo del patio*, *El hombre que duerme*, *La desaparición*, *Les revenentes*, y *La tienda oscura*, textos que entre sí guardan una gran distancia de temas y estilo. El mismo Perec en una entrevista realizada por Jorge Aguilar Mora declara: "definitivamente mi primera preocupación al comenzar un libro reside en que no quiero escribir dos libros iguales. Para mí la literatura universal es como un rompecabezas: ahora bien, en medio o en una orilla yo veo que falta una pieza, esa pieza es mi obra; todo lo que escribo entonces, es para llenar ese campo".

Si *La tienda oscura* está estructurada bajo el rigor de la fantasía y la capacidad de aprehensión de la suprema entidad abstracta que es el sueño, en *Las cosas* es lo fantástico de la realidad, la increíble sublimación de lo cotidiano hasta convertirse en verdugo, lo que sostiene la trama y el estilo.

El libro principia introduciéndonos al mundo de las cosas. A la visión entre posible y animada que el universo de los objetos rinde a la existencia diaria del hombre. Continuando el juego característico de nuestras sociedades mercantiles, el autor describe y presenta a sus personajes a través de/o por medio de sus pertenencias y propiedades. La primer atmósfera del libro es un detallado inventario de un departamento pequeño-burgués típico; recorrido en el cual la narración sustenta su acción en verbos manejados en los pretéritos del indicativo, tiempo que da a la novela y al universo objetual un carácter de posible realidad como entidad particular. Es tal la cantidad de trabajo y esfuerzo que deposita el hombre en las cosas, que éstas llegan a adquirir una independencia existencial que les confiere la autonomía de entes testigos y conformantes de nuestra realidad.

Jean Baudrillard en su estudio teórico *El sistema de los objetos*, explica perfectamente la relación de las cosas con el mundo: “De hecho, se ha producido una verdadera revolución en el nivel cotidiano: los objetos se han vuelto hoy más complejos que los comportamientos de los hombres relativos a estos objetos. Los objetos están cada vez más diferenciados, nuestros gestos cada vez menos. Podemos expresar esto de otra manera: los objetos ya no están rodeados de un teatro de gestos en el que eran las funciones, su finalidad, sino que hoy en día son los actores de un proceso global en el que el hombre no es más que el personaje o el espectador.”

Los personajes principales de *Las cosas* son: “Jérôme tenía veinticuatro años, Sylvie veintidós. Los dos eran psico-sociólogos. Su trabajo, que no era exactamente un oficio, ni siquiera una profesión, consistía en entrevistar a la gente, de acuerdo con diversas técnicas, sobre temas variados. Era un trabajo difícil que exigía, como mínimo, una gran concentración nerviosa, pero no carecía de interés, estaba relativamente bien pagado y les dejaba un apreciable tiempo libre.” Una pareja para la cual “sus grandes sueños imposibles pertenecían a lo utópico”, utopías y sueños basados en un sistema en el que la *adquisición y la propiedad* son su centro. La felicidad como sinónimo de acumulación. La dosificación del ser en un “hombre consumidor” como única posibilidad de *ser y estar* en el mundo actual. Hay pasajes donde la pareja lleva a cabo recorridos por los aparadores y salas de las grandes tiendas, con la sola idea y obsesión de que llegue el momento en que

todo lo que está ante sus ojos pueda ser adquirido por ellos. El mundo reducido a su mínima expresión y máxima extensión de la propiedad: “La saturación: —continuando con Baudrillard— se sabe que la casa burguesa está cerrada sobre sí misma y llena hasta el tope. Herencia, acumulación, son signos de *status* y de holgura. Dentro de esta línea, el interior pequeño burgués se distingue por el amontonamiento.”

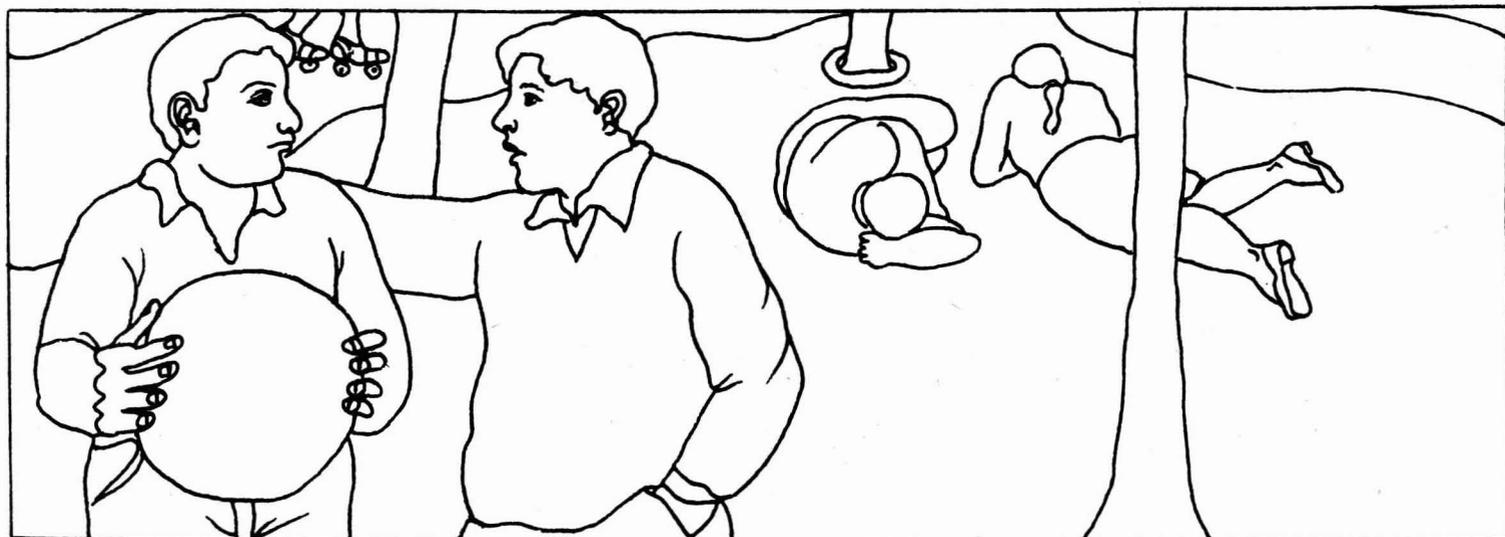
La convivencia con los objetos, con las cosas cotidianas y necesarias en cada uno de los espacios y acciones de la pareja era: “una guerra de desgaste (que) comenzaba, de la que jamás ellos saldrían vencedores. Es en este mundo de cosas donde el hombre encuentra su entidad espiritual y material y asimismo se da cuenta de su inmensa pobreza: “siempre acaban por encontrarse en lo que era su verdad, su única verdad: treinta y cinco metros cuadrados”.

Sylvie y Jérôme están completamente insatisfechos con su pequeño departamento, lugar de corto espacio (“jamás se atrevieron a comprobar si medía treinta y cinco metros realmente”) donde se encuentran apilados cantidad de objetos que convierten el ambiente en opresivo y asfixiante. La lucha fundamental presentada por la pareja, es la de lograr y fabricarse un entorno material más rico, cómodo y confortable. El valor de uso de las cosas ha pasado a formar parte de un mundo anterior y casi es desapercibido, ahora es el valor simbólico el imperante; el sistema *kula* —diría Baudrillard— de intercambio simbólico fundado en la circulación, alrededor del cual se organiza el sistema social de valores y categorías. La adquisición desmesurada de objetos es la

forma en que el hombre se vierte y representa en las sociedades contemporáneas, es, en mucho, la manera de encontrar una identidad, la única posible en el capitalismo. Todo esto representa propiamente la “retórica de la desesperación”. La distinción de las cosas entre su función/económica y función/signo es presentada con la radicalidad que ambas detentan.

La búsqueda del bienestar perdido radica en la apropiación y acumulación de cosas, el confort y la comodidad convertidos en un culto por la sociedad de consumo, tienen como fin moral y social la adquisición de *status* por medio de la propiedad: “Su amor al bienestar, su ansia por mejorar, se traducían en general por un proselitismo estúpido: ellos y sus amigos hablaban largo tiempo sobre la calidad de una pipa o de una mesa baja, haciendo de ellas objetos de arte, piezas de museo”, y “los almacenes de lujo que no iban a tardar en convertirse en su tierra prometida”.

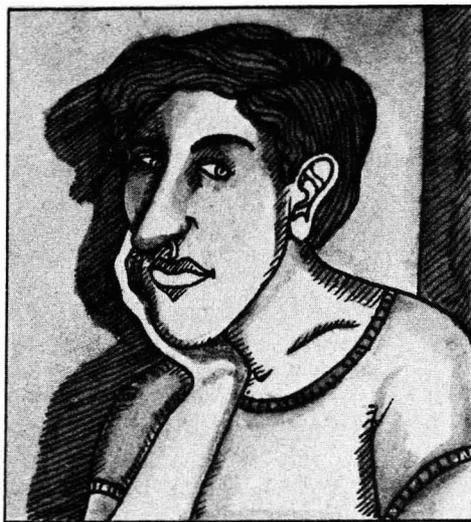
De manera sencilla y totalizadora Perec aborda el fenómeno de la alienación. La mirada del autor sobre sus personajes va disecando fríamente la vida de una pareja que a cada momento se acerca más y más a su única posibilidad “el frenesí de poseer”. No obstante dentro de este panorama de angustia creciente nos encontramos con respiros que se traslucen a través de las obsesiones particulares del autor; “el deseo de saber no les devoraba; mucho más humildemente, y sin ocultarse que sin duda se equivocaban y que, más tarde o más temprano, llegaría el día en que lo lamentarían, sentían la necesidad de una habitación un poco mayor, de agua corriente, de una



ducha, de comidas más variadas o simplemente, más abundante que la de los restaurantes universitarios, de un coche quizá, de discos, de vacaciones, de ropas. "Planteamientos que encuentran por sí mismos su antítesis; a quien no lo devora el deseo de saber no aprehende el mundo, el mundo lo aprehende a él."

Las cosas está dividida en dos partes y un epílogo. En la primera parte se ubica a los personajes en París en un departamento modesto y estrecho. Su trabajo de psico-sociólogos se define; hacer entrevistas para compañías publicitarias y comerciales. Se habla de la vida en común con sus amigos, los recorridos por los bares, las tiendas de antigüedades, los restaurantes, cafés y calles de París. Viajes a pequeñas provincias en plan de trabajo y una inconformidad inmensa y palpitante. En la segunda parte Jérôme y Sylvie incapaces de seguir soportando el vértigo y la violencia de la vida urbano-mercantil, huyen hacia Sfax, provincia de Túnez. Entonces pasan de la opresión multitudinaria de la ciudad a la opresión desolada y asfixiante de la provincia, de un mundo de feroz lucha por el status a un mundo de inercia y devalorización paulatina. Es en Túnez donde descubren la banalidad y la pobreza de su mundo interior perfectamente correspondiente con el exterior. La tercera parte o epílogo, es el regreso de la pareja a París, para ir cediendo cada día más y regresar al punto de origen, la asimilación de los individuos por parte de la sociedad, se adaptarán a las exigencias del sistema y "No tendrán treinta años aún. Tendrán la vida por delante".

Los personajes son seres complacientes que de una u otra manera participan y ratifican el sistema y el orden de las cosas, el burgués arquetípico, fiel representante de los sesentas; arribista y disidente, decadente y progresista, deseoso y frustrado, inconforme y complaciente. Gente de esas que encuentran su felicidad "en las comedias americanas". Seres incapaces de cuestionarse su existencia más allá de los objetos que los rodean y que sin embargo llegan a planteamientos importantes. Es entonces cuando surge una mínima conciencia que convierte la vida de Jérôme y de Sylvie en una lucha real entre contradicciones, que son las mismas a las que se enfrenta la burguesía y demás clases sociales en mayor o menor grado, frente a un mundo de cambios a más de necesarios, vertiginosos. Se llega a la conciencia de felicidad e infelicidad, de alegría y sufrimiento, de



libertad y opresión, de ocio y trabajo; "Sabían, desde luego, que todo era falso, que su libertad no era más que un señuelo. Su vida estaba más marcada por sus búsquedas casi desesperadas de trabajo", "Estaban en medio de la situación más banal, más estúpida del mundo. Pero aunque sabían que era banal y estúpida, seguían en ella, sin embargo, la oposición entre el trabajo y la libertad no constituía ya, desde hacía mucho tiempo, como habían oído decir, un concepto riguroso; no obstante, era lo que les determinaba primordialmente".

Así, dos contradicciones fundamentales se observan como motor de la novela *Las Cosas*: a) "quien no trabaja no come, sí, pero quien trabaja no vive" y b) "la gente que elige ganar dinero primeramente, los que dejan para más adelante, para cuando sean ricos, sus verdaderos proyectos, no están equivocadas forzosamente. Los que no quieren sino vivir y llaman vida a la libertad máxima, a la exclusiva búsqueda de la felicidad, a la sola satisfacción de sus deseos o de sus instintos, al uso inmediato de las riquezas ilimitadas del mundo."

"Ellos querían gozar de la vida, pero, en todo lo que les rodeaba, el gozo se confundía con la propiedad."

La historia va desembocando en el fracaso de dos seres que frente al mundo y a la realidad no toman partido ni posición. Se congelan entre el querer y ser algo y la incapacidad de definir en principio ese algo hacia el cual se inclinan. "Hacia dónde dirigiremos ahora nuestros pasos señor." La problemática que encierra al hombre entre ser "normal" y aceptar con mínimas mediaciones el mundo impuesto o luchar con la

desgracia a costas: "Entre ellos se alzaba el dinero. Era un muro, una especie de tope contra el que chocaban a cada instante. Era algo peor que la miseria: el fastidio, la estrechez, la escasez. Vivían el mundo cerrado de su vida cerrada, sin porvenir, sin otras salidas que los milagros imposibles, los sueños estúpidos que no se tenían en pie. Se ahogaban. Sentían que naufragaban.

La situación vivida por los personajes trae consigo connotaciones políticas bien específicas; las acciones se ubican al inicio de la guerra de Argel, y el miedo y la zozobra colectiva, la inestabilidad económica y existencial, se presentan en cierta forma como causantes de angustias y obsesiones personales que cuentan también con un reflejo colectivo: "Esta irrupción del martirio en su vida cotidiana, que se convertía a veces en obsesión y que, les parecía, era característica de una cierta actitud colectiva, daba a los días, a los acontecimientos, a los pensamientos, una especial coloración. Imágenes de sangre, de explosión, de violencia, de terror, les acompañaban continuamente."

"Maravillados de su prolongada ignorancia" los personajes muestran progresivamente las etapas de alineación que van sufriendo: "Iban cambiando, se iban volviendo otros. porque el dinero —semejante observación es forzosamente banal— suscita nuevas necesidades."

Las cosas es una novela donde la forma acusa lucidez, la alquimia verbal sustenta pasajes abundantes en luz y poesía. Perek al igual que Robbe-Grillet y el grupo *Nouveau Roman* participa en la lucha por el nuevo lenguaje de la literatura contemporánea que replantee formalmente el contenido y responda a las nuevas necesidades de expresión. Novelas donde la inteligencia no rinde concepciones al acto de creación.

Las cosas es un muestrario de arquetipos donde se exhiben de manera preferente los impuestos por la sociedad mercantil y de consumo. El recorrido por la tipificación del individuo a cargo de una colectividad que sustenta su moral, valores y principios en una historia regida hasta la fecha por la lucha de clases. Se observa el claro panorama de los intereses económicos y políticos moldeando la conducta de los individuos, vía un aparato de poder. *Las cosas* deja entrever muy sutilmente una aguda crítica que va más allá de la novela misma, plantea una serie de cuestionamientos sobre la imposibilidad de vocación y realización que destruye paulatinamente al hombre y su

mundo. La novela participa de los puntos de vista que confluyen como vasos comunicantes para formar la expresión actual de la literatura. La conducta y el mundo Kitch de los personajes, por ejemplo, restituye el análisis a cauces mayores. Así mismo una excelente crítica en base al humor, que al parecer se sitúa en contraposición, termina reafirmando los principios del texto; dice Boris Vian en una disertación Patafísica sobre el mundo de los objetos: "Preguntaréis quizá cuál es el lugar del hombre en todo esto. Por Dios, ninguno: por su sola presencia interviene a la manera de un catalizador, pero sólo puede jugar un papel parcial; porque el mundo se puede concebir sin hombres, pero no el hombre sin el mundo, si es que no por sí mismo (pero esto no cuesta). Así toda la vida del hombre es un "acercamiento discreto al objeto", puesto que nuestra situación final, límite diré, es la muerte; ser de sujeto un objeto.", "Pero dejemos aparte la muerte, que sólo tratábamos de paso y que ni siquiera es divertida, porque no se ha logrado hacer de ella algo que divierta, y porque no tolera la repetición". Por lo tanto lo mismo en Vian como en G. Perec, los objetos son entidades reales y cambiantes, que de una u otra manera establecen una lucha circular en la dialéctica social del hombre.

En *Las Cosas* (Les Choses en su original) es el placer de la literatura, aunada a un intenso replanteamiento de las formas, lo que hace a un texto tan angustiante e irritante, bello y conmovedor.

Víctor M. Navarro

* Georges Perec. *Las Cosas* Ed. Seix-Barral. Barcelona 1967. 164 pp.

Teatro breve de Carlos Solórzano

Poco representado por el teatro oficial, Solórzano ha sido rescatado por grupos teatrales universitarios de México y EE.UU.; la calidad de su obra lo coloca como un autor representativo del teatro hispanoamericano surgido de la postguerra. Ha sido traducido al inglés, francés, polaco y alemán, así como representado en diversos países de América y Europa.

El presente volumen recopila seis obras de épocas diversas: "El zapato" (1973), "Cruce de vías" (1968), "El sueño del ángel" (1972), "Mea culpa" (1960), "El crucificado" (1958) y "Los fantoques" (1958).

Solórzano, nacido en Guatemala y nacionalizado mexicano, es maestro de la UNAM, investigador que ha hecho grandes aportaciones al teatro hispanoamericano, dramaturgo y novelista; nos ofrece un teatro sintético de estructura sencilla y con trayectorias simples, pero cuidadosamente trabajado; en él fluye un hilo de magia logrado a base de objetos comunes y traslación de tradiciones y ambientes guatemalteco-mexicanos. La temática está referida a la religión enfocada hacia sus defectos y señalando el daño que causa al hombre; es una crítica subjetiva a la conciencia cristiana de nuestros pueblos. Planteando problemas de índole filosófico-cristiano, recurriendo a la pantomima y a la estructuración de símbolos crea un universo que oscila entre la crueldad y la poesía; se deslizan rasgos meta-

físicos existenciales entretreídos finalmente en la temática, logrando un impacto fuerte en cada escena.

Sus obras están muy bien construidas y pertenecen a ese tipo de teatro breve explorado genialmente por Artaud y Lorca, donde la belleza poética del texto marca un preciso contrapunto o a la crueldad, ofreciendo un equilibrio a la estructura interna de la obra y un impacto que se desenvuelve entre la llamada "emoción estética" y el pánico.

Solórzano pide un lenguaje gestual, pantomímico. El diálogo es breve y conciso, reviste de sutileza al masoquismo, crueldad y desgarramiento de los personajes y las situaciones.

Solórzano desnuda la conciencia cristiana, permite una introspección de sus personajes y saca a flote los conflictos derivados de la alternativa religiosa. Sus personajes se debaten entre el repudio a la religión y el deseo de salvación a través de ella, entre el temor y la represión, entre el ansia de libertad y la castración. El sexo para ellos es un delito, un pecado. Al atacar estas concepciones Solórzano llega a plantear a la manera de Rousseau, que el hombre debe gozar mientras pueda de lo que la naturaleza le ofrece, retornar a su esencia. Se desdobra así un contrasentido: si la religión ha causado durante mucho tiempo la infelicidad humana, habrá que exterminarla o modificarla. Se vale de paradojas conocidas popularmente y construye un mundo simbólico a través del folclor.

Estas seis obras ofrecen al director teatral material de experimentación y práctica, y al lector una incursión en un tipo de teatro poco explorado y que se sale del habitual "costumbrismo de dramaturgos caseros" ya quemado y carbonizado en este país.

De sus obras comenta Ghelderode en una carta reproducida por el libro: "son obras de un dramaturgo y de un poeta auténtico... visiones crueles y enloquecedoras en que gimen y blasfeman los hombres de siempre..."

Alejandro Hermida

Carlos Solórzano, *Teatro breve*. Joaquín Mortiz, Serie "El Volador," México, 1977, 118 pp.

